

ACCIONES COLECTIVAS COMO PRÁCTICAS DE MEMORIA REALIZADAS POR UNA ORGANIZACIÓN DE VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO EN MEDELLÍN (COLOMBIA)¹

COLLECTIVE ACTIONS AS PRACTICE MEMORY, DEVELOPED BY AN ORGANIZATION OF VICTIMS FROM MEDELLIN (COLOMBIA)

Jolyn Elena Castrillón Baquero*, Juan David Villa Gómez**, Andrés Felipe Marín Cortés***

Universidad de San Buenaventura, sede Medellín, Colombia

Asociación Caminos de Esperanza Madres de La Candelaria, Colombia

Recibido: 11 de diciembre de 2015 – Aceptado: 12 de mayo de 2016

Forma de citar este artículo en APA:

Castrillón Baquero, J. E., Villa Gómez, J. D. y Marín Cortés, A. F. (julio-diciembre, 2016). Acciones colectivas como prácticas de memoria realizadas por una organización de víctimas del conflicto armado en Medellín (Colombia). *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 7(2), 404-424.

doi: 10.21501/22161201.1779

Resumen

La reconstrucción de los relatos de las víctimas del conflicto armado en Colombia es una herramienta para el fortalecimiento del tejido social; esta premisa orientó la investigación que tuvo como **objetivo** comprender los significados y sentidos de las acciones de memoria colectiva, realizadas por personas pertenecientes a una organización de víctimas de Medellín. El estudio se realizó desde un *enfoque de investigación* interpre-

¹ Este artículo es producto de la investigación denominada Sentido de las acciones colectivas y públicas, de memoria histórica, de las organizaciones de víctimas en sus procesos de reconstrucción del tejido social y resistencias estéticas a las lógicas de violencia, financiada por la Universidad de San Buenaventura, realizada entre el 14 de julio de 2014 y el 15 de diciembre de 2015, adscrita al Grupo de Estudios Clínicos y Sociales en Psicología.

* Psicóloga. Magíster en Educación y Desarrollo Humano. Docente Investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, sede Medellín. Correo electrónico: jolyn.castrillon@usbmed.edu.co ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0001-5340-6299>

** Psicólogo. Magíster en Cooperación Internacional al Desarrollo. Doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación Internacional al Desarrollo. Docente Investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, sede Medellín. Correo electrónico: Juan.villa@usbmed.edu.co ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-9715-5281>

*** Psicólogo. Magíster en Psicología. Docente Investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, sede Medellín. Correo electrónico: andresfelipemarin cortes@gmail.com ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0003-3181-2901>

tativo con diseño cualitativo, fundamentado en el **método** fenomenológico-hermenéutico. Las *técnicas* de generación de información empleadas fueron la construcción de historias de vida, talleres participativos y entrevistas semi-estructuradas. Los **hallazgos** refieren que el apoyo del grupo familiar es fundamental, pues establece significantes biográficos que facilitan el proceso de construcción de memoria. Además, el apoyo grupal favorece el afrontamiento del dolor, la soledad, la tristeza y la desolación. El recuerdo es importante para la elaboración del duelo, más aún si se reconstruye junto con otros. El dolor se reconoce como parte de la experiencia vivida, pero no se acepta la inacción, puesto que la búsqueda de la verdad y la reparación son los horizontes de las acciones colectivas.

Palabras clave:

Acción comunitaria, memoria colectiva, conflicto armado, víctima de guerra.

Abstract

The reconstruction of victims' stories of the armed conflict in Colombia, is a tool for strengthening the social fabric; this premise oriented research aimed to understand the meanings and senses of collective memory actions carried out by persons belonging to an organization of victims from Medellín. The study was conducted from an *interpretative research approach* with a qualitative design, based on the phenomenological-hermeneutical **method**. Additionally, the *techniques* applied to generate information were, the construction of life stories, participative workshops, and semi-structure interviews. The **findings** refers that family support is fundamental, because it establishes significant biographical that facilitate the process of memory construction. Besides, group support favors facing of pain, solitude, sadness, and desolation. The memory is important for the elaboration of mourning, even more if it is reconstructed with others. The pain is recognized as part of the live experience, but is not accepted the inaction; given that, the pursuit of truth and reconstruction, are the horizons of collective actions.

Keywords:

Community action, collective memory, armed conflict, War victims

INTRODUCCIÓN

En Colombia, durante el primer quindenio del siglo XXI, se han llevado a cabo procesos de negociación con actores armados ilegales como los grupos paramilitares y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -FARC-, y se ha avanzado en el trabajo con víctimas y sus organizaciones para la reconstrucción de los hechos victimizantes que posibilite un conocimiento del pasado reciente. El Centro Nacional de Memoria Histórica, organizaciones estatales, no gubernamentales y de víctimas, han apoyado y sistematizado múltiples y diversas iniciativas de reconstrucción de memoria relacionada con el conflicto armado.

Si bien es una obligación del Estado indagar por la violación de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, es indispensable trabajar desde diversos frentes en la reconstrucción del tejido social y la restauración de la dignidad de las víctimas; razón por la cual, esta investigación quiso indagar por las formas participativas que conllevan a la resignificación de las historias de violencias vividas por personas, grupos y comunidades, a través de sus relatos y acciones colectivas.

El estudio tuvo como horizonte la construcción de memorias relacionadas con prácticas cotidianas anteriores al conflicto, formas de resistencia durante éste y reorganización de las víctimas; contribuyendo al restablecimiento de las fuerzas políticas afectadas por el accionar de los grupos armados, desde una mirada histórica y analítica del conflicto armado en Colombia, que deconstruya la idea de la violencia como un destino ineludible, razón por la cual es importante reivindicar la memoria colectiva de las víctimas (Villa, 2014).

Una manera de asumir que la violencia es un destino evitable, es realizando una mirada histórica y analítica sobre el conflicto armado desde sus orígenes. La guerra y la represión por parte de algunos grupos armados genera aislamiento, ruptura de sentido vital, anomia, pérdida de referentes identitarios, retiro de los espacios de participación y afectación de la salud física y mental; además de ruptura de tejido social, que conlleva falta de confianza, ruptura de lazos familiares y amistades, generación de miedo personal y colectivo, retiro de los espacios políticos y desestructuración de las organizaciones (Martín Beristain, 1999; Villa, 2014).

En Colombia se han realizado durante los últimos 20 años esfuerzos de reconstrucción histórica, con el propósito de encontrar alternativas al conflicto armado. De esta manera, surgen organizaciones de víctimas que son un símbolo de esperanza, lucha y resistencia de las personas y comunidades afectadas por el conflicto armado. A partir de la búsqueda de la reivindicación de sus derechos, de las posibilidades e imposibilidades para que les sean reconocidos y reparados, de empezar a ocupar lugares en el imaginario público, estas organizaciones han llevado a cabo

diversas acciones para hacer visible su realidad y para generar una conciencia ética en el país, que supere la impunidad que retroalimenta los ciclos de violencia, el olvido que favorece a las élites en el poder, y lleve a la reconstrucción de un Estado social de derecho legítimo y democrático.

Esta investigación trata de insertarse en la corriente que despierta en Colombia para construir una memoria histórica del conflicto, a partir de los procesos de organización y acciones públicas de las víctimas, con el fin de insertarse en las conversaciones y diálogos públicos, que posibiliten una versión que pueda ir más allá de la historia oficial y del mito social que no viabiliza otra mirada y salidas creativas hacia la paz (Villa, 2014). También pretende superar los dualismos individual y social, e interno y externo, que suelen diferenciar el mundo psíquico del mundo social y que se replican en algunas de las prácticas de recuperación de memoria histórica.

Esta investigación se ubicó en una perspectiva que se propone superar las dicotomías conceptuales, la comprensión segmentada de la realidad, y la compartimentación de los fenómenos sociales; se dirige hacia un enfoque transdisciplinar, en el cual la historia, la ciencia política y la psicología social, establecen diálogos permanentes para abordar la memoria histórica y colectiva.

Desde este punto de vista, Middleton y Edwards (1990) y Vázquez (2001) afirman que tanto recuerdo como olvido, son acciones que están incorporadas y constituidas con las pragmáticas de las prácticas sociales y comunicativas ordinarias, y portan significados simbólicos del mundo social y natural en el que se mueven los sujetos, por lo tanto, los constituyen y hacen parte integral de su psiquismo.

Por razones epistemológicas y políticas, la conceptualización de la memoria deviene como escenario de disputa en el que se enfrentan fuertes tensiones y contradicciones. En medio de éste, se han erigido posturas que van desde extremos individualistas y psicologizantes que consideran a la memoria como una facultad meramente individual y que, por tanto, son incapaces de reconocer a la “memoria colectiva” como algo más que una simple metáfora que se vale de un proceso individual para dar cuenta de sucesos colectivos, hasta posturas más sociologizantes, que pierden de vista las relaciones concretas en las cuales se construye la memoria (Villa, 2014).

Trascender estas visiones parciales y deterministas remite a la necesidad de tramitar la dicotomía epistémica que existe entre las ciencias psi y las ciencias sociales, para lograr posturas más integradoras y complejas, como las que se consiguen en el marco de enfoques psicosociales o relacionales, desde los cuales la memoria es considerada como un proceso tanto social como individual de construcción de narrativas, las cuales configuran visiones del pasado y por lo tanto, identidades personales y grupales (Campbell, 2008; Gergen, 1994; Villa, 2014).

Esta tradición hunde sus raíces en la perspectiva de Maurice Halbwachs (1950), quien reconoce a la memoria como una producción social sobre el pasado que surge en medio de las interacciones situadas que tienen los sujetos en sus marcos familiares, sociales, políticos e históricos. Se trata de un conjunto de narrativas a través de las cuales los sujetos logran dar cuenta de sí mismos y hacerse inteligibles; por lo tanto, el yo es un yo narrativo, en la medida en que emerge del ejercicio de narrarse y re-narrarse (Gergen, 1994; Ricoeur, 1999, 2003).

Lo anterior permite, además, considerar a la memoria como una acción social, puesto que no se trata de un proceso generado por determinantes neutrales, sino que es una construcción en la cual interactúan intencionalidades y median las relaciones de poder (Villa, 2014). Por lo tanto, las narrativas no son posesiones del individuo, sino que se construyen en la relación, son producto del intercambio social que en todo momento está enmarcado en unos repertorios culturales, políticos, económicos y sociohistóricos. Esto tiene dos importantes implicaciones: por un lado, el yo no puede ser considerado como un agente independiente y cerrado, sino como uno interdependiente; y por el otro, no es posible hacer una división fáctica entre la subjetividad y lo social, lo cultural, lo político, lo económico y lo histórico, pues es en la relación con estas dimensiones que se construyen las narrativas y por lo tanto, las memorias que van a permitirle al sujeto (individual y colectivo) responderse a la pregunta “¿quién soy?”, y sentir y actuar en conformidad con dicha respuesta.

Recogiendo lo anterior, puede afirmarse que la memoria es entonces una narrativa *social* del pasado que surge de las relaciones e interacciones que mantienen los sujetos, las cuales están insertas en unas dinámicas políticas, culturales, económicas y sociohistóricas particulares. Estas son mediadas por relaciones de poder que consiguen penetrar en las subjetividades y en las narrativas; las mismas que permiten a los sujetos y colectivos reconocerse a sí mismos y a los otros. Así pues, lo social termina siendo constitutivo de la memoria y por lo tanto, de la subjetividad, lo que posibilita a su vez hablar de una subjetividad social (González Rey, 2008).

Siguiendo la línea de esta perspectiva, no es absurdo hacer referencia a la memoria colectiva, en la medida en que se le comprende como las narrativas sociales del pasado que son compartidas por diferentes grupos en una sociedad y actualizadas por los sujetos individuales a partir de los marcos socioculturales (Halbwachs, 1950), es decir, de la configuración específica que tienen las relaciones intergrupales en cada contexto, mediadas por el poder.

En este punto se tienen los elementos suficientes para diferenciar entre cuatro dimensiones de la memoria: *la dimensión individual*, que hace referencia a las autonarrativas y recuerdos del yo narrativo y que el sujeto actualiza en su existencia; *la dimensión interpersonal*, que emerge de las conversaciones cotidianas entre los grupos primarios; *la dimensión colectiva*, que designa las narrativas enmarcadas en cuadros sociales de memoria, de acuerdo con la clase social, las religiones y las instituciones; finalmente, *la dimensión histórica y cultural*, que implica la cristalización de

narrativas y relatos que pasan de generación en generación, nociones estructuradas en la historiografía, mitos y tradiciones (Villa, 2014). En todas estas dimensiones, la función de la memoria es similar, en tanto que permite dar sentido e inteligibilidad a las experiencias, brindando además la posibilidad de construir una identidad personal, grupal y social.

Estas dimensiones no son islas desconectadas que funcionan de manera independiente, por el contrario, constituyen una especie de círculo hermenéutico en el que cada una se alimenta de la anterior y alimenta a las otras; así, las narrativas que un sujeto tiene de su propio pasado se encuentran profundamente relacionadas con las que una sociedad comparte en la actualidad y ha compartido históricamente; lo que a su vez remite a unos marcos políticos, sociales y culturales.

Ahora bien, si las narrativas, particularmente las del pasado, se construyen en relación con el contexto social, político, económico y cultural, es esperable que en sociedades que llevan años inmersas en conflictos prolongados, las narrativas que habitan en los sujetos individuales y colectivos se configuren en función de las confrontaciones, tensiones e intereses que atraviesan esta situación y terminen formando subjetividades e identidades que internalizan estos mecanismos; lo que hace que se mantenga y se reproduzca el orden social. De ahí, la importancia de prestar especial atención a las narrativas del pasado en las sociedades que están haciendo transiciones de la violencia a la paz y a la democracia.

A su vez, el campo de análisis de la memoria colectiva toca varios aspectos: la dimensión social de las prácticas mnemónicas de colectividades y grupos (Vázquez, 2001; Wertsch, 2008), el ejercicio resistente de colectivos víctimas de violaciones a los derechos humanos y las prácticas mnemónicas de colectivos y movimientos sociales en su afán de afirmar sus identidades y sus procesos de reivindicación (Villa, 2014). Todo esto invita a una aproximación de enfoque transdisciplinar. Así pues, los estudios de memoria social y colectiva implican trabajar con herramientas culturales y prácticas mnemónicas en espacios relacionales y de interacción; tales como las acciones públicas, las expresiones performativas, los testimonios colectivos y otras formas de memoria desarrolladas por actores sociales en el escenario societal (Wertsch, 2002, 2008).

La dimensión colectiva de la memoria abordará, además de las narrativas y acciones que se dan dentro de las comunidades; los procesos de movilización pública que involucran las sociedades, en tanto se configuran productos simbólicos, herramientas comunicativas y culturales, acciones performativas, reivindicaciones sociales y políticas, que están en un orden sistémico diferente al individual y al grupal. Finalmente, todos estos procesos se van cristalizando en un nivel cultural e histórico que recoge estas narrativas, símbolos y herramientas culturales, cuando se transmiten de manera masiva en una sociedad o se pasan de generación en generación (Villa, 2014).

La dimensión histórica y cultural de la memoria, que se cristaliza en una sociedad concreta, es a su vez referente de construcción de un sujeto. Es decir, comienza a interactuar con las experiencias y recuerdos de un sujeto individual, se convierte en marco de interpretación de la realidad de ese sujeto, que es introducido en esa cultura o sociedad y en las conversaciones y relaciones interpersonales y grupales; en un proceso dialéctico que se da permanentemente y que permite tanto la permanencia de esas narrativas, como la actualización de las mismas en cada nuevo círculo, en el que el sujeto se va apropiando de sus determinaciones culturales, pero también con el poder transformarlas en su propia acción (Villa, 2014).

Este estudio recogió relatos de vida que dan cuenta de una memoria individual y autobiográfica; es decir, son contados por sujetos individuales. Ahora bien, fueron contrastados con relatos constituidos a partir de talleres participativos; esto implica que hay un nivel de memoria compartida, una memoria grupal.

El hecho que se recojan relatos de vida no significa que se trabaje con memorias individuales, puesto que se parte de esta mirada conceptual compleja, en la cual cada relato está construido dentro de marcos sociales e interactivos de memoria. Pero a su vez, estas memorias compartidas en espacios grupales por la vía de la acción y la participación pública, se han constituido en memorias colectivas, en narrativas sobre hechos históricos, sobre experiencias vividas que constituyen una interpretación de la vivencia de la propia victimización, pero también de la experiencia particular del conflicto armado colombiano, sobre el cual, la gente puede construir sus propios relatos, según su propia experiencia. Este es el escenario de las acciones públicas de memoria, que son portadoras de sentidos y significados sociales que entran al escenario societal, y disputan con otros discursos de indolencia, indiferencia o negación, distintas narrativas que desde otros intereses y experiencias tienen perspectivas diversas e interpretaciones alternativas a las expresadas por los sujetos de esta investigación, tal como se desarrolla la llamada historia oficial (Gaborit, 2006a, 2006b; Martín-Baró, 1998; Villa, 2014).

De acuerdo con Pereira de Queiroz (como se citó en Veras, 2010), los relatos de vida hacen parte del amplio cuadro de las historias orales, las cuales convergen sobre un mismo acontecimiento o un período de tiempo, donde el narrador intenta reconstruir los acontecimientos que vivió y, a la vez, transmitir la experiencia vivida; dicha experiencia es clave en la recomposición de lo sucedido, ya que se expone una narrativa pasada que se reactualiza en las instancias de grupo, familia y sociedad global que envuelve al sujeto. Así, la importancia del relato de vida es la configuración de una narrativa que, en tanto acontecimientos personales, trasciende y se inserta en las colectividades a las que pertenecen los participantes.

Arribamos a un concepto de memoria abierto, en el cual ésta, como acción humana, es portadora de significados, sentidos, marcos y esquemas de interpretación de la realidad, cuando se refiere al pasado y cuando intenta construir a partir de estos referentes, una visión del presente y del futuro, con el fin de contar con esquemas que le permitan dirigir su acción en esa realidad, en esa sociedad (Villa, 2014).

Con este marco histórico y conceptual, este estudio se propuso comprender los significados y sentidos de las acciones colectivas como práctica de memoria de una organización de víctimas de Medellín (Colombia).

METODOLOGÍA

Esta investigación se fundamentó en el paradigma de la teoría crítica (Guba y Lincoln, 2000). El enfoque de investigación fue interpretativo (González, 2000), el diseño cualitativo (Salgado, 2007) y las actividades estuvieron orientadas por el método fenomenológico-hermenéutico (Sandoval, 2002).

La estrategia metodológica fue el estudio de caso único (Sandoval, 2002). Se realizó en una organización de víctimas en Medellín y contó con la participación de 12 personas, con quienes se realizaron entrevistas semi-estructuradas, construcción de relatos de vida y talleres participativos, que fueron registrados en archivos de audio, transcritos y convertidos en texto escrito.

Los datos –talleres, relatos de vida y entrevistas- fueron procesados en Word y convertidos a formato de texto enriquecido, cuyos archivos fueron analizados en el software Atlas Ti versión 7².

El proceso de transformación de datos de la investigación se llevó a cabo en tres momentos no lineales: 1) descontextualización, que incluye el análisis de los datos, 2) exposición, relativo a la distribución topográfica de los códigos y la graficación de las categorías, y 3) recontextualización, referido a la creación de categorías y escritura de hallazgos (Morse, 2003).

Los textos transcritos fueron analizados, en primera instancia, mediante la estrategia de microanálisis (Strauss y Corbin, 2002), con la que se identificaron segmentos que constituían unidades de sentido. En total se identificaron 695 segmentos, que fueron agrupados en 455 códigos, que a su vez fueron agrupados en dos categorías descriptivas, a saber: memoria colectiva y acciones colectivas. Los códigos que conformaron cada categoría fueron reagrupados en cuatro (4) subcategorías, dos para cada categoría respectivamente.

² La Universidad de San Buenaventura, Medellín, contó con licencia actualizada del software durante el año 2015.

Por último, con el propósito de mantener la confidencialidad de la información, guardar la identidad de las participantes y recuperar los datos de manera efectiva, a cada cita se le asignó un código en la base de datos del proyecto.

Cada código se compone de dos partes: 1. El número correspondiente a cada participante, antecedido por la letra *P*. Los códigos se asignaron según el orden cronológico en el que se realizaron las entrevistas, es decir, a la primera persona le fue asignado P1, a la segunda P2 y así sucesivamente. 2. Los dígitos siguientes corresponden a la línea de la entrevista transcrita en la que está el segmento que fue analizado; el primer número refiere al párrafo en el que inicia el segmento, y el segundo al párrafo en el que termina, antecedido por el signo dos puntos (:).

Un ejemplo de cita codificada es el siguiente: P3 37:39. Quiere decir que es una cita de la entrevista realizada a la participante número 3, que se encuentra entre las líneas 37 y 39 de la entrevista transcrita.

Hallazgos

La reconstrucción de historias de dolor

Las participantes indican que relatar su historia personal y familiar es una práctica que posibilita tramitar el sentimiento de dolor producido por los acontecimientos de violencia. La experiencia vivida es reconstruida a través de las narrativas en las que dicho sentimiento es un tema central. Relatar las experiencias de violencia es una manera de reconstruir lo acontecido, al tiempo que opera como paliativo. Es en la narración en la que se encuentran nuevos sentidos para comprender los hechos de violencia vividos. “Es bueno hablar de eso, porque eso lo va fortaleciendo a uno, así uno no se siente uno como peor” (P2, 116:117. Comunicación personal, 22 de septiembre, 2015).

En los relatos de las participantes aparece una alusión a la similitud de las experiencias vividas, al mismo tiempo que reconocen la singularidad de las mismas. Lo común es la violencia, pero lo singular es el sentimiento doloroso ocasionado por la pérdida de sus seres queridos, el desarraigo y el desplazamiento. Al no ser experiencias vividas como colectivo, las participantes indican que el dolor no puede compartirse, ni siquiera basadas en la idea de que como grupo hay algo que las convoca. Es una búsqueda personal que se realiza junto a otros, pero que se vive de manera individual. Sin embargo, son justamente esas historias similares las que posibilitan la conformación de grupos. “Nuestras historias son parecidas, aunque no iguales” (P5, 3:3. Comunicación personal, 25 de septiembre, 2015). “Todas tenemos cosas diferentes, a todas nos pasó algo, pero es distinta” (P5, 4:4 Comunicación personal, 25 de septiembre, 2015).

En las historias familiares y personales aparece permanentemente el conflicto armado en Colombia, junto con sus actores armados: guerrilleros, paramilitares y ejército. En sus relatos están siempre presentes los agentes que generaron violencia y el contexto de conflicto en el que sus experiencias fueron producidas. Es una manera de materializar y explicar lo acontecido.

Las participantes reconocen que relatar su historia es siempre revivirla, razón por la cual no se refieren a lo acontecido como pasado, sino como presente. Identificar la historia con el pasado, quizá sea equivalente al olvido, y lo que las informantes indican permanentemente es que, aunque los hechos hayan ocurrido meses o años atrás, siempre serán vividos en el presente. “Yo no lo pondría nuestra historia; nuestro presente” (P7, 48:48. Comunicación personal, 08 de octubre, 2015). “Mucha moral, que yo también tuve mi historia y que vea donde estoy, que primero que todo el perdón, pero no olvido” (P11, 11:82. Comunicación personal, 17 de octubre, 2015).

Los hechos de violencia se reconocen como parte de su historia, al tiempo que se consideran el motor que moviliza la acción. Son las experiencias propias las que, en alguna medida, las convierten en agentes sociales, cuyos horizontes están constituidos por la búsqueda de la verdad y la reparación. El dolor es aceptado, pero la inacción no, pues ésta legitima el poder de los actores armados sobre sus vidas. La acción significa reconocer el dolor, pero no anclarse en él. Otro elemento que moviliza la acción es las relaciones familiares, las cuales se consideran un motivo para continuar adelante:

Esa pérdida, con ser tan profunda y todo, me enseñó que las cosas no están dadas, que me iba a tocar empezar a tocar puertas, pellizcarme, encontrarme, a dejar de llorar, porque otros lloran más que uno. Y mis hijos que me apoyan. (P10, 10:33. Comunicación personal, 15 de octubre, 2015)

En ocasiones, las participantes no perciben a su familia como un agente que ofrece apoyo, sin embargo, esta situación no se considera un impedimento para continuar *luchando*. La base de este razonamiento radica en su percepción del respeto de parte de sus familiares, quienes, aunque no ofrezcan ayuda, no se convierte en un obstáculo para la acción.

En los relatos de las participantes aparecen significantes bélicos para dar cuenta de sus acciones; esto es, enuncian palabras como *pelea*, *lucha* y *batalla*, para referirse a sus acciones políticas; expresiones que indican el lugar en el que se ubican las participantes frente a su nueva condición, que representa estar activa en relación con las nuevas situaciones:

Lo asumí con muchísimo amor y con mucho dolor, me tocó levantarme a pelear sola porque mi familia se hizo a un lado, con mucho respeto, y entonces cuando yo siento ese respeto de ellos porque ellos no sabían qué hacer, yo me di cuenta que algo tenía que hacer, ellos siguen siendo muy respetuosos, pero yo peleé mi propia batalla (P10, 10:36. Comunicación personal, 15 de octubre, 2015).

Otro aspecto relevante en los relatos de las participantes es la manera como el recuerdo revitaliza los vínculos familiares. La muerte y la desaparición no fracturan el vínculo, lo cual indica que la experiencia afectiva trasciende la materialidad y se instala en una dimensión simbólico-afectiva. El lazo familiar se mantiene a pesar de la ausencia, pues está instalado en un plano intersubjetivo que no depende de la presencia física para mantenerse. “Uno no lo tiene en presencia, pero siempre lo recuerda, siempre será mi hijo y el recuerdo es hasta que uno se muera” (P5, 5:12. Comunicación personal, 25 de septiembre, 2015).

El sentimiento que aparece de manera más reiterada en los relatos de las participantes es el dolor. Los vínculos familiares y los recuerdos se mantienen presentes, pero también el dolor. Los recuerdos generan dolor porque son disruptivos, inesperados y violentos. Entre todos los afectos posibles asociados a la desaparición, el dolor aparece como un sentimiento nuclear. Las participantes recuerdan permanentemente a sus hijos desaparecidos, pero lo hacen con dolor: “Pero los míos son todos recuerdos como dolores” (P7, 7:24. Comunicación personal, 08 de octubre, 2015).

Finalmente, la historia está relacionada con los territorios habitados, los cuales configuran la identidad de las participantes. Por ello, ser víctimas del desplazamiento forzado es perder parte de los referentes identitarios que ofrecen los lugares que se habitan. Las participantes se reconocen a sí mismas como los sitios en los que han construido su historia personal y familiar. Los paisajes, los materiales, las actividades en el campo son los espejos en los que ellas se reconocen: “Porque nosotros somos de Arboletes... volví otra vez allá, a aquel lugar, a vivir, a sentir lo que era de allá” (P9, 9:1. Comunicación personal, 14 de octubre, 2015). “Pero aquel lugar es rico, es bellissimo, delicioso, es su tranquilidad, las noches de una brisa fresca, los cambios de las tonalidades del sol cuando había invierno” (P10, 10:12. Comunicación personal, 15 de octubre, 2015).

Acciones colectivas como ejercicio de memoria

Se identifica en las participantes la importancia del apoyo; éste se configura tanto en la ayuda económica como emocional, y la instancia que lo soporta son los vínculos familiares más cercanos. De esta manera, las personas que pertenecen al círculo familiar, ofrecen asistencias que permite sobrellevar las circunstancias y vicisitudes adversas que padecen las familias que han vivido experiencias violentas.

Un señor fue a la casa y me dijo, el señor era casado con una prima hermana de mi mamá y me dijo: “C., ¿usted por qué no se va para su casa?, es que usted sufre mucho con ese marido que tiene y no tiene necesidad de eso, usted tiene su mamá y tiene sus hermanos, váyase para su casa; si usted no tiene plata para irse, yo le doy la plata para que se vaya, y si usted algún día me puede pagar a mí esa plata, me la paga, y si no puede, yo sé que fue un favor que hice (P2, 2:14. Comunicación personal, 22 de septiembre, 2015).

De lo anterior sobreviene el sentimiento de solidaridad, tras la acogida que permite el apoyo. Las personas cercanas a los hechos de vulneración se exponen al desarraigo y a la pérdida de los aspectos básicos para sobrevivir. Esta forma de colectivizar, si es posible enunciar de esta manera el apoyo, en tanto aparece el reconocimiento de necesidades y la expresión de un otro que lo reciba con un sentido común de hospitalidad, es lo que permite la aparición inicial de una red que se configura de forma primaria alrededor de familiares: “entonces me dijo: ‘vea, entonces vaya y coja ese pedazo de tierra que hay de la escuela para allá y siembre lo que quiera para usted’, oiga, otra alegría más grande que me dio a mí” (P2, 2:33. Comunicación personal, 22 de septiembre, 2015).

Los hechos violentos en Colombia no afectan únicamente al individuo. Se acepta que la dimensión de grupo, en especial la familiar, recibe los mayores impactos en la vulneración de sus vínculos, la alteración de las dinámicas y la de sus roles, que lleva a los miembros a la búsqueda de otras instancias de protección y ayuda. De esta manera, se identifica que los familiares insisten en la solución de sus necesidades ampliando e indagando en su entorno inmediato. El voz a voz se alza entre ellos, en medio de una atmósfera de pérdidas, y en esa búsqueda hallan la presencia de grupos, también de ayuda, a los cuales podríamos llamar secundarios; estos, asociados con el objetivo común de atender las problemáticas de las familias, inician redes de acompañamiento a partir de las prácticas de participación.

Es entonces donde la presencia de la Asociación de Madres de La Candelaria se torna importante para el apoyo de las familias, a partir de los programas y actividades que allí realizan y que podrían considerarse modos de acción participativa en que se involucran la familia.

Y entonces yo le comenté eso, y me dijo traiga al niño, que tal cosa; y entonces, ya el niño lo tenía estudiando, venga, aquí hacemos plantones, cuando eso eran los miércoles me parece, y buscamos a los desaparecidos, aquí es muy bueno, aquí le ayudan, traiga la foto para que salga en la pancarta (P3, 3:87. Comunicación personal, 24 de septiembre, 2015).

Así, las formas de vinculación de las familias con la Asociación, tienen que ver principalmente con el hecho de la visibilización de sus seres queridos, los cuales ya desaparecidos o muertos hacen presencia a través de las voces de familiares en los diferentes actos públicos; tal como se manifiesta en el plantón, actividad que se lleva a cabo cada viernes en plena plaza de La Candelaria, lugar en el que se exponen las familias públicamente con las fotografías y consignas de los desaparecidos. Este acto, en particular, alude a una acción participativa movilizadora iniciada por el grupo familiar, pero al mismo tiempo, respaldada por la Asociación de Madres como grupo secundario, y que al hacer uso tanto del espacio como de la visibilización del fenómeno, es notable la escenificación pública de sentimiento doloroso. Se resalta entonces que la posibilidad de reunirse en torno a los eventos de pérdida y la búsqueda común de soluciones, fortalece sentimientos relacionados con el apoyo, la vitalidad y la reconstrucción de sus vidas, junto con otros.

Seguir caminando, yo quiero continuar hasta donde me lleve la fuerza y las ganas de saber que hay otros seres humanos con más necesidades que yo, y yo las quiero escuchar o que yo les puedo validar su dolor, su tristeza y también su alegría (P10, 10:45. Comunicación personal, 15 de octubre, 2015).

DISCUSIÓN

La violencia en Colombia ha generado de forma visible efectos múltiples que recaen sobre la población general, no podemos hablar exclusivamente de sectores que hayan vivido los efectos de la guerra, su aturdimiento deja resonancias, estimando que varias generaciones de colombianos han pasado en los últimos sesenta años, y probablemente más, por eventos directos e indirectos de la violencia. Se habla entonces de los efectos de orden psicosocial, como son el desarraigo, pérdidas materiales y simbólicas, dolor psíquico y el consecuente sufrimiento humano; además, de la desestructuración de los órdenes familiares y comunitarios constituidos. Pero todo esto precisa una particularidad, se reconoce que el conflicto es vigente y por tanto, sobre este mismo la población civil y los entes gubernamentales han tenido que poner en marcha leyes, proyectos y programas de atención, mientras continúa el conflicto.

No es posible entonces, ubicarnos en un contexto en el que los mecanismos de reparación, justicia y verdad actúan en la etapa de posconflicto, situación mucho más apreciable en los países hermanos donde, luego de la crisis de las dictaduras, como fue el caso de Argentina y Chile, principalmente, la población civil y sus gobiernos establecieron las medidas reparadoras.

Lo anterior es de apreciar, ya que la experiencia investigativa vivida aconteció al interior de una organización de base, con más de 20 años de trabajo en la restitución de los derechos de los desaparecidos y sus familias en el contexto de la violencia política, organización que partió de las iniciativas propias de las familias, hasta lograr una visibilización pública, trascendental, en los últimos acontecimientos relacionados con los procesos de paz en Colombia.³ Por tanto, toda la discusión se actualiza en una interfase de acciones y movimientos por parte de los participantes que viven aún el conflicto, lo que hace que sus narraciones permanezcan en una atmósfera de dolorosas incertidumbres, pero al mismo tiempo cargadas de expresiones de lucha por la reconstrucción de sus vidas.

Ahora, este contexto de experiencias vividas por la organización nutre de forma especial la discusión, que aunque basada en nociones teóricas que guían los momentos interpretativos, estos se dotan de las narraciones de las participantes a lo largo de los encuentros investigativos.

³ La Asociación Caminos de Esperanza Madres de La Candelaria ha participado en el ámbito nacional en diferentes congresos y mesas de negociación desde el año de 1999. Actualmente hacen parte de la mesa de negociación de La Habana -Cuba, como población civil y víctimas del conflicto.

Las cuatro categorías descriptivas construidas: *La construcción grupal: familias y comunidad, Del apoyo mutuo a la escena pública; El recuerdo y el olvido y La reconstrucción de historias como acción colectiva*, componen esta discusión y gravitan en torno a la noción de memoria colectiva y acciones colectivas y públicas, las cuales son los referentes conceptuales que quisieron ser explorados e identificados en los participantes de la investigación.

La construcción grupal: familias y comunidad

Tras el análisis de los datos, encontramos expuesta la noción de grupo -en este caso familiar- como la principal instancia que recibe el impacto del hecho violento, en particular el desarraigo, luego de que la familia abandona las tierras que por años y generaciones habitaban. El desplazamiento cobra aquí una de las mayores pérdidas y vulneración de los derechos, como es el pertenecer e identificarse con un territorio. Identificación que, además, se constituye con base en las dinámicas que ofrece el grupo familiar.

Lo anterior recuerda lo planteado por Berger y Luckmann (2003) acerca de la socialización primaria, al comentar el proceso de identificación de los menores en el grupo familiar:

Todo individuo nace dentro de una estructura social objetiva en la cual encuentra a los otros significantes que están encargados de su socialización y que le son impuestos. Los otros significantes, que mediatizan el mundo para él, lo modifican en el curso de esa mediatización. Seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de sus idiosincrasias individuales, biográficamente arraigadas (p. 164).

De esta manera, en el grupo familiar se establecen los significantes biográficos que facilitan un proceso de identificación con su territorio y espacios culturales, pero que son perturbados por los hechos violentos alterando la esfera emotiva.

Resulta innecesario agregar que la socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo. Se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional. Existen ciertamente buenos motivos para creer que, sin esa adhesión emocional a los otros significantes, el proceso de aprendizaje sería difícil, cuando no imposible. El niño se identifica con los otros significantes en una variedad de formas emocionales; pero sean éstas cuales fueren, la internalización se produce solo cuando se produce la identificación (Berger y Luckmann, 2003, p. 165).

Esta dimensión socializadora, se ve comprometida en tanto las dinámicas familiares se alteran y el grupo primario se fragmenta. La pérdida de los seres queridos produce un enorme dolor que afecta los significantes; en este caso, los relacionados con sus espacios y cotidianidades.

Si se asume la noción de grupo primario de Martín-Baró (2001), es clara la importancia de esta configuración y los tremendos efectos que padecen sus miembros en su dimensión grupal:

El grupo primario es un conjunto de personas que determinan en lo fundamental la identidad de una persona, y se caracteriza por las relaciones estrechas y afectivas, por una comunicación personal y frecuente, y porque tiende a generar el sentimiento de una unidad común vivida como “nosotros” (p. 73).

Relatar las experiencias de violencia vividas, constituye un paliativo para tramitar, de modo simbólico, el sentimiento de dolor al que están inevitablemente asociadas. Además, la narración de lo acontecido también es una manera en que la familia construye comprensiones acerca de los hechos del pasado.

Cada grupo familiar encuentra en ellos un referente de sentidos y de épicas de las generaciones anteriores. Y cada sujeto, en sus representaciones subjetivas, construye narrativas –fundantes desde el punto de vista identitario– sobre su infancia, sobre sus vínculos determinantes, lugares, anécdotas y versiones de circunstancias vitales (Kaufman, 2006, p. 48).

Del apoyo mutuo a la escena pública

Ahora bien, esta primera instancia familiar afectada en sus derechos, moviliza acciones frente a la búsqueda de otros grupos de protección y ayuda. Y en esa pesquisa halla la presencia de organizaciones a las cuales podríamos llamar grupos secundarios, que, asociados con el objetivo común de atender las problemáticas de las familias, inician redes de acompañamiento donde soportan el apoyo a partir de la solidaridad y la hospitalidad entre sus miembros.

En el grupo, los relatos de lo vivido se hacen de forma permanente, de esta manera los grupos se convierten en un referente para el recuerdo, en tanto la circulación de las historias es un compartir de memorias individuales a memorias colectivas. El grupo de apoyo moviliza el pensarse con otros, no solamente para afrontar el dolor y la soledad, la tristeza y la desolación, sino también para construir un proyecto compartido y una meta común (Villa y Castrillón Baquero, 2015, p. 261).

En particular, la Asociación Caminos de Esperanza, Madres de La Candelaria, se presenta como el grupo secundario que posibilita el apoyo mutuo a las familias; éstas se vinculan con la asociación, principalmente, con la acción de visibilizar sus seres queridos, los cuales, ya desaparecidos o muertos, hacen presencia a través de las voces de familiares en los diferentes actos públicos. El plantón es uno de ellos, convirtiéndose en el principal escenario donde los lazos de solidaridad se estrechan por medio de la exposición de fotografías y consignas que las madres claman sobre sus desaparecidos en plena plaza pública:

La tramitación del dolor en lo público ha sido un tema estudiado desde los acontecimientos del holocausto nazi, se ha considerado que estos registros del dolor son una escena ritualista colectiva de expiación y provocan un ajuste de cuentas entre generaciones. Pero este solo es posible, cuando existe un discurso público que lo fomenta: gestos públicos de reparación y un lenguaje de conmemoraciones. Estos hechos que parecen tan simbólicos brindan, sin embargo, una posibilidad de sanar las heridas y elaborar los duelos colectivos (Blair, 2002, pp. 13-14).

Ciertamente, la experiencia del apoyo y la posibilidad de simbolizar públicamente las pérdidas son un binomio que facilita la reconstrucción colectiva, sin embargo, es un proceso permanente que requiere esfuerzos de la población en general, en la medida que reconozcan la importancia de estos actos y se involucren desde las voces de respeto, la reflexión y, en algunos casos, la participación directa, en los actos políticos y de debate social.

El recuerdo y el olvido

¿Qué es el recuerdo? Parece una pregunta llana, ligada convencionalmente a las ciencias cognitivas, en la cual la respuesta alude a la recuperación de un volumen de información almacenada en forma de imágenes a partir de mecanismos neuropsicológicos. Esta versión presentada por las teorías mentalistas expone que los recuerdos son producciones individuales, más no grupales, a menos que se dé una metáfora ligada al funcionamiento neuropsicológico (Ruiz Vargas, 2002, como se citó en Villa y Castrillón Baquero, 2015).

Pero en contraste con las anteriores teorías, el recuerdo, considerado aquí como memoria, es estudiado como una acción social desarrollada en el marco de la interacción simbólica; va más allá de la función mental y se constituye en una narrativa que circula en lo interpersonal, lo grupal, lo social, cultural e histórico. Para Vázquez (2001) “la memoria no es, entonces, una restitución anacrónica del pasado, sino que es una reconstrucción del presente realizada y actualizada a través del lenguaje y las prácticas sociales” (p. 29).

De esta manera, los recuerdos suscitados en las participantes se expresan revitalizando los vínculos familiares. La muerte y la desaparición no fracturan el vínculo, lo cual indica que la experiencia afectiva trasciende la materialidad y se instala en una dimensión simbólico-afectiva. No obstante, los recuerdos generan dolor porque son disruptivos, inesperados y violentos.

El estudio de Blair (2002) refiere que las experiencias traumáticas se integran en las historias como una rendición individual y colectiva, y fortalecen la capacidad de recuperación. Por consiguiente, ignorar el pasado agrava el problema y no reivindica o reinventa los procesos vitales. El estudio de Villa (2014) en tres regiones de Colombia, plantea la importancia de esta movilización colectiva y pública, puesto que permite, además de traer a la luz lo que estaba oculto, un lugar de

dignificación de los seres queridos, un llamado a romper la indolencia y la indiferencia social, además de un camino para legitimar acciones políticas encaminadas a la reivindicación de los derechos.

De momento, lo que queda claro es la importancia del recuerdo en los procesos de elaboración de duelo colectivo, si éste se tramita en una dimensión compartida y con la recreación del presente en construcción continúa, al igual que el pasado. La memoria es entonces un vínculo que provee de continuidad y permite la proyección de un futuro para considerar las posibilidades de un cambio (Martín Beristain, 2005; Vázquez, 2001; Villa, 2014).

De otra manera, es interesante la relación entre recuerdo y olvido que varios autores describen. Contrario a verse como contraposición, ambos, muestran una suerte de necesidad por el otro, que le permite su pleno desarrollo. Blair (2002) cita a Todorov (1993), quien señala que al principio nos negamos a aceptar la pérdida, pero avanzamos luego a modificar las imágenes y alejamos éstas, atenuando el dolor. Y retoma a Barbero (2001), quien indica: “la memoria es una tensión entre recuerdo y olvido, está hecha de una temporalidad inconclusa” (Blair, 2002, p. 17).

Y nuevamente Vázquez acota: “en mi opinión, la importancia del estudio de la memoria y del olvido sociales reside en su carácter de procesos que contribuyen, definiendo y articulando, el orden social. Vivir en sociedad implica *hacer memoria y hacer olvido*” (Vázquez, 2001, p. 26).

La reconstrucción de historias como acción colectiva

Como último aspecto, se resalta la importancia del relato tanto personal como familiar en los participantes. Las experiencias que se narran pueden no solo reconstruir, sino que posibilitan distinguir entre lo singular del dolor mediante la propia biografía, y el compartir juntos los relatos.

Las primeras formas de relato aparecen en el grupo familiar; aquí, las reminiscencias del ser querido desaparecido o muerto explotan los lazos de los “quedan”, y entre silencios y voces de dolor se configuran las primeras narrativas.

Kaufman (2006) recuerda: “Producto de situaciones de violencia social, la subjetividad es arrasada por el terror y disociadas por la vivencia de lo siniestro. Los bordes comunicativos se tornan difusos, haciendo de la palabra su imposible” (p. 50). Continúa la autora: “Dentro de la familia, cuidar puede ser callar, cuidar puede ser compartir. Contar puede ser el deseo y callar la única posibilidad de sobrevivencia. En todos los casos la trasmisión está presente, en forma de memoria reconocida o ausente” (p. 50).

En los relatos de las participantes, los hechos violentos son reconocidos como parte de su historia, al tiempo que se consideran el motor que movilizan sus acciones, cuyos horizontes están constituidos por la búsqueda de la verdad y la reparación. El dolor es aceptado, pero la inacción no. El reconocimiento del dolor y la movilización que hace la familia son los significados principales donde reside la acción con la proyección de un futuro.

Así, relato y acción son complementarios, y más aún necesarios en un contexto donde el lenguaje humano con su talante performativo crea posibilidades de realidad y significación; esto mismo aparece cuando las participantes cuentan sus historias y son visibles en las diferentes actividades de la asociación. Los plantones, las marchas, la participación en mesas de concertación son espacios de acción en que no solo relatan sus historias personales, sino que se resignifican los acontecimientos y hechos colectivos del conflicto.

Esta idea de la acción, propuesta por la escuela de Oxford a partir de las elaboraciones del segundo Wittgenstein y retomada luego por Ibañez (1990), señala la imagen de un hombre propositivo, que aut dirige su conducta y, por si fuera poco, se implica en actividades de construcción y desciframientos de significados (p. 213). No es la conducta respondiente, sino la acción humana entendida como intencionalidad en un mundo de significados intersubjetivos.

CONCLUSIONES

Con todo y lo que se ha avanzado en la reflexión sobre el tema de la violencia política en Colombia y los efectos psicosociales en la población, no bastará la necesidad de buscar rutas comprensivas para la elaboración del drama, que como colombianos nos reta en el ámbito político y ético. Señalamos que el drama de la guerra deja profundas marcas en la memoria de los sujetos y que como Vázquez (2001) indica, no se trata de memorias individuales que reflejan una realidad interior, más bien son construcciones sociales que derivan de nuestra propia capacidad de relacionarnos recíprocamente como objetos y sujetos.

A su vez, esta memoria que es narrada, y por sus cualidades performativas (Taylor, 2003) produce acciones, constituye entonces uno de los procesos sociales de mayor complejidad. La memoria no es una facultad *en* las personas, sino en el *entre*, y esta dimensión colectiva potencia el trabajo investigativo, ya que dispone a valorar los relatos de los participantes como experiencias de vida narradas en una lógica de construcción e interpretación, con carácter transformador.

La necesidad de la recuperación de una memoria colectiva pasa por la contemplación de acciones que la hacen viva, de esta manera se hace relevante la movilización que la memoria produce en los participantes, a partir de la recordación del dolor. Éste se instala en la escena pública a través de las marchas, plantones y consignas donde se expresa el sufrimiento personal, y al tiempo visibilizan ante los otros la denuncia por la justicia y verdad (Villa, 2014). Este acercamiento público concentra una serie de símbolos para tramitar el duelo. El reconocimiento entonces de un discurso, la puesta en palabras mediante los relatos y los actos conmemorativos, manifiestan un uso de la memoria colectiva como forma de tramitación del dolor (Blair, 2002, Villa y Castrillón Baquero, 2015).

Finalmente, el trabajo de la reconstrucción social tiene aquí una argamasa por medio de las narrativas de la memoria y sus consecuentes efectos en la historia reciente y próxima de una sociedad, como la colombiana, que requiere reconstruirse y, mejor aún, hacer memoria permanente de sus acciones y decisiones como nación

REFERENCIAS

- Berger, P. y Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blair, E. (julio-diciembre, 2002). Memoria y Narrativa: La apuesta del dolor en la escena pública. *Estudios políticos*, (21), 9-28.
- Campbell, S. (2008). The Second Voice. *Memory Studies*, 1(1), 41-49.
- Gaborit, M. (2006a). Memoria histórica: revertir la historia desde las víctimas. En F. Gómez Isa (Dir.), *El derecho a la memoria*. (pp. 195-222). Colección Derechos Humanos Giza Eskubi-deak. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Gaborit, M. (2006b). Memoria Histórica: Relato desde las víctimas. *Pensamiento Psicológico*, 2(6), 7-20. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/2756028.pdf>

- Gergen, K. (1994). Mind, text and society: Self-memory in social context. En U. Neisser & R. Fi-vush (Eds.), *The remembering self: construction and accuracy in the self narrative* (pp. 78–104). Cambridge: Cambridge University.
- González, J. (2000). El paradigma interpretativo en la investigación social y educativa. *Cuestiones Pedagógicas. Revista de Ciencias de la Educación*, (15), 227-246.
- González Rey, L. (2008). Psicología y arte: razones teóricas y epistemológicas de un desencuentro. *Tesis psicológica*, (3), 140-159.
- Guba, E., y Lincoln, Y. (2000). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En C. A. Denman y J. A. Haro (Eds.), *Por los rincones: antología de métodos cualitativos en la investigación social* (pp. 12-13). Hermosillo: El Colegio de Sonora.
- Halbwachs, M. (1950). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias. (Traducción con base en la segunda edición de 1968: 2002).
- Ibañez, T. (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.
- Kaufman, S. G. (2006). Lo Legado y lo Propio. Lazos Familiares y transmisión de memorias. En: E. Jeilin, y G. Kaufman (Autores), *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 41-77). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martín-Baró, I. (1998). El Latino Indolente. En: I. Martín-Baró (Autor), *Psicología de la Liberación* (pp. 73-102). Madrid: Trotta.
- Martín- Baró, I. (2001). *Acción e ideología. Psicología desde Centroamérica*. El Salvador: UCA.
- Martín Beristain, C. (1999). *Reconstruir el tejido social*. Barcelona: Icaria.
- Martín Beristain, C. (2005). *Procesos de duelo en las comunidades mayas afectadas por violencia política* (Tesis doctoral en Psicología Social). Universidad del País Vasco. Lejona, España.
- Middleton, D. y Edwards, D. (1990). Conversational remembering: a social psychological approach. In D. Middleton & D. Edwards (Eds.), *Collective Remembering* (pp. 23-45). London: Sage Publications.
- Morse, J. (2003). *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa*. Medellín: Universidad de Antioquia.

- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma.
- Ricoeur, P. (2003). *La Memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Ed. Trotta.
- Salgado, A. (2007). Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos. *Liberabit*, (13), 71-78.
- Sandoval, C. A. (2002). *Investigación cualitativa*. Bogotá: ARFO Editores e impresores.
- Strauss, A. L., y Corbin, J. M. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Taylor, D. (2003). *The archieve and the repertorie: performing cultural memory in the Américas*. Dwhain, NC: Duke University Press.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social: Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Veras, E (2010). Historias de vida: ¿un método para las ciencias sociales? *Cinta de Moebio*, (39), 142-152.
- Villa, J. D. (2014). *Recordar para reconstruir. El papel de la memoria colectiva en la reconstrucción del tejido social*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- Villa, J. D. y Castrillón Baquero, J. (2015). *Procesos de Memoria colectiva como dinámica psicosocial y sociopolítica en tres escenarios de organizaciones de mujeres: La asociación de mujeres del oriente Antioqueño -AMOR-; los Promotores de vida y salud mental del Sur de Córdoba -PROVISAME- y el grupo de mujeres "Madres de La Candelaria", de la ciudad de Medellín*. Presentado en Cátedra Unesco y Cátedra Infancia. Justicia Transicional y memoria histórica, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Wertsch, J.W. (2002). *Voices of collective remembering*. New York: Cambridge University Press.
- Wertsch, J. (2008). Collective Memory and narrative templates. *Social Research*, 75(1), 133-156.